Marcel Proust: *En busca del tiempo perdido* (tercera parte). "El mundo de Guermantes" o los frívolos salones de la nada en la alta sociedad francesa

■ ■ Clemente Apolinar Pérez Reyes*

Resumen

La tercera parte de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, titulada "El mundo de Guermantes", es considerada la menos densa y compleja de la obra, sin abandonar el estilo característico de este autor. Muchos lectores y críticos, como Benito Pérez Galdós, han expresado su desánimo al enfrentarse a la prolijidad y falta de trama en la escritura de Proust, lo que ha llevado a algunos a abandonar la lectura. Dificultades en la lectura: La obra de Proust es conocida por sus largas frases y su estilo prolijo, lo que ha generado críticas y desinterés en algunos lectores, a pesar de que hoy en día se le reconoce como uno de los grandes escritores del siglo XX. Impacto de la traducción: La traducción del tercer volumen, "El mundo de Guermantes", fue realizada por José Ma. Quiroga Pla debido a la muerte de Pedro Salinas, lo que afectó la fluidez del texto en español, reflejando la complejidad del original.

Introducción

La tercera parte de *En busca del tiempo perdido* es, indudablemente, la menos densa de las siete. Si el lector había sorteado con éxito los dos primeros volúmenes, cuando inicia la lectura del tercero lo advierte enseguida. Pero no será el único en querer abandonar la lectura de esta sección, pues incluso autores contemporáneos de Marcel Proust confesaron, no lo difícil de este autor, sino lo prolijo en consideraciones de todo tipo y la inexistencia de la trama, en favor del tiempo absoluto, que se ha considerado el verdadero personaje de su monumental novela.

Uno de los escritores contemporáneos de Marcel Proust, el español Benito Pérez Galdós, dijo del autor francés:

> A mí no me gusta Marcel Proust, por ejemplo, y por muchos años lo oculté. Ahora ya no. Confieso que lo he leído a remolones; me costó trabajo terminar "En busca del tiempo perdido", obra interminable, y lo hice a duras penas, disgustado con sus larguísimas frases, la frivolidad de su autor, su mundo pequeñito y egoísta y, sobre todo, sus paredes de corcho, construidas para no distraerse oyendo los ruidos del mundo, que a mí me gustan tanto.[1]

Como ya vimos, André Gide, director de la NRF (*Nouvelle Revue Francaise* [Nueva Revista Francesa]) no le quiso publicar el primer tomo de la novela, "Por el camino de Swann". Mauro Armiño, quien tradujo dos veces a Proust dijo "que (Gide) no le publicaba porque en la página cuarenta leyó que la tía Léonie tenía vértebras en la cabeza, que eran los postizos que se había puesto, y cuando leyó eso dijo, aquí he terminado. Hay parte de crítica que sí la admitió, todos se sorprendían del estilo, de esa cosa farragosa… Sin embargo, hoy toda Europa acepta que (Marcel Proust) es el gran escritor del siglo XX".[2] Las citas textuales con las que hemos estado ilustrando las reseñas sobre la obra de Proust han resultado necesariamente abundantes y hasta donde se ha podido, breves; recuerde el improbable lector que se está trabajando con Proust, el autor de párrafos extensos.

Pedro Salinas tradujo en su totalidad los primeros dos volúmenes. José Ma. Quiroga Pla apoyó en la traducción del tercero, "El mundo de Guermantes", en virtud de que al poeta español lo sorprendió la enfermedad y posteriormente la muerte. Este cambio de traductor impactó en la fluidez de la versión en la lengua española de un autor que si bien no es difícil sí lo es bastante prolijo.

* Licenciado en Letras Españolas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Actualmente maestro jubilado de educación media básica y superior. Maestro Medalla "Rafael Ramírez". Fundador y actual editor responsable de la revista *Reforma Siglo XXI* de la Preparatoria No. 3. En 2019, la UANL lo nombró Profesor Emérito.

1 Citado por Luz Aurora Pimentel en "Muerte y transfiguración de un autor. El legado de Marcel Proust" en https//culturaendirecto.unam.mx

2 Paula Corroto, "El hombre que ha traducido (dos veces) las 3000 páginas de «En busca del tiempo perdido»", entrevista, www.elconfidencial.com

La edición de Alianza Editorial de *En busca del tiempo perdido* titula algunas de las partes de los volúmenes y otras no. Para realizar las referencias las he complementado como se muestra en la siguiente tabla:

<table>
<tr><td rowspan="8">*En busca del tiempo perdido*</td><td rowspan="3">Primer volumen: “Por el camino de Swann”</td><td colspan="2">Primera parte: “Combray”</td></tr>
<tr><td colspan="2">Segunda parte: “Unos amores de Swann”</td></tr>
<tr><td colspan="2">Tercera parte: “Nombres de tierras: El nombre”</td></tr>
<tr><td rowspan="2">Segundo volumen: “A la sombra de las muchachas en flor”</td><td colspan="2">Primera parte: “Gilberta Swann y Odette de Crecy”*</td></tr>
<tr><td colspan="2">Segunda parte: “Balbec y las muchachas en flor”*</td></tr>
<tr><td rowspan="3">Tercer volumen: “El mundo de Guermantes”</td><td colspan="2">Primera parte: “En el hotel de los Guermantes y el salón de la señora de Villeparisis”</td></tr>
<tr><td rowspan="2">Segunda parte</td><td>Capítulo primero: “Enfermedad y muerte de la abuela de Marcel”</td></tr>
<tr><td>Capítulo segundo: “Los zapatos rojos de la duquesa”</td></tr>
</table>

*Títulos asignados por el autor de este artículo.

Antes de iniciar quisiera realizar dos precisiones: la primera tiene que ver con el nombre del tercer tomo, “El mundo de Guermantes”, que debería traducirse como “*El lado de Guermantes*”, como algunas editoriales lo presentan para conservar ese paralelismo proustiano de los dos caminos: el de Swann y el de Guermantes; la segunda se relaciona con la palabra hotel, que en el contexto de “El mundo de Guermantes”, se refiere al castillo o mansión en que los señores feudales alojaban a sus servidores y que con el transcurso del tiempo los nobles (príncipes, duques, marquesas, etcétera) venidos a menos rentaban habitaciones (pisos) a los burgueses enriquecidos.

1. El hotel de los Guermantes y el salón de la señora de Villeparisis

Al hotel de los Guermantes se van a vivir los Proust, buscando un aire más puro para la abuela de Marcel, quien se ha visto muy desmejorada en su salud:

> El piar matinal de los pájaros le parecía insípido a Francisca […] es que nos habíamos mudado de casa. […] Y como nuestro nuevo barrio parecía tan tranquilo como ruidoso era el bulevar a que hasta entonces había dado nuestra casa, la canción […] de un hombre que pasaba hacía acudir las lágrimas a los ojos de la desterrada Francisca.[3]

Allí, conoce a la duquesa de Guermantes con quien desarrollará una relación que nos lleva a explorar diversos salones, donde los burgueses imitan a los nobles y viceversa. En “El mundo de Guermantes”, Marcel Proust describe la sociedad francesa de su época y presenta los salones de la señora de Villeparisis y de la duquesa de Guermantes.

Luz Elena Pimentel,[4] una de las escasas especialistas en Marcel Proust en México, clasificó los salones mencionados en *En busca del tiempo perdido* en diversas categorías, de acuerdo con lo selecto de quienes los frecuentaban y la alcurnia de las anfitrionas. En los tomos 1 y 2 de la novela, en la escala social más baja tenemos los salones de Odette de Crécy, esposa de Charles Swann, y el de

3 Marcel Proust, *El mundo de Guermantes (*Alianza Editorial, 2021), 13.
4 Pimentel, “Muerte”.

la señora Verdurin. En “El mundo de Guermantes”, Marcel Proust nos describe los salones de la señora de Villeparisis y de la duquesa de Guermantes, ambas de rancia raigambre en la nobleza. En éstos, Marcel el narrador, ya un joven adulto, nos describirá la forma en que conviven los nobles empobrecidos o venidos a menos con los nuevos ricos burgueses y los nuevos nobles por decreto de Napoleón III por servicios prestados a la República.

Marcel ha madurado con el tiempo en el aspecto psicosexual, pues atrás han quedado el despertar de la líbido y su amor frustrado con Gilberta y Albertina, quien reaparecerá en los tomos “La prisionera” y “La fugitiva”. Por lo pronto se ha enamorado irremediablemente de la duquesa de Guermantes, a cuyo hotel se ha ido a vivir con su familia por las razones ya señaladas. Benito Pérez Galdós, según ya vimos, tildó el mundo narrativo del autor como “pequeñito y egoísta”, pero lo cierto es que esta parte de *En busca del tiempo perdido* contiene cerca de setecientos personajes a los que es imposible darles voz, por lo que se presentarán solo aquellos que tienen relación directa con la trama, que como en el resto de los volúmenes está oculta por el estilo prolijo del autor, lleno de digresiones y reflexiones.

Debo agregar una observación. En E*n busca del tiempo perdido*, el primer volumen, “Por el camino de Swann”, tiene dos narradores: “Combray” en primera persona y “Unos amores de Swann” en tercera persona. Este recurso, utilizado por Marcel Proust, se vuelve significativo en el segundo tomo, ”A la sombra de las muchachas en Flor”, y crea una oscilación entre narración centrífuga y centrípeta.

Después de la muerte de la abuela, al inicio del segundo capítulo de la segunda parte de “El mundo de Guermantes”, el narrador expresa:

> La niebla, desde el despertar, había hecho de mí, en lugar del ser centrífugo que es uno en los días buenos, un hombre metido en sí [centrípeto]* deseoso del rincón junto al fuego y del lecho compartido, Adán friolero en busca de una Eva sedentaria, en ese mundo diferente.[5]

La abuela de Marcel ha experimentado un deterioro en su salud, lo que ha llevado a la familia Proust

Condesa de Greffulbe, musa de Proust.

a trasladarse desde su residencia en el barrio de Saint Germain al hotel de los Guermantes con el objetivo de evaluar si este cambio ambiental puede beneficiar su bienestar. Allí conoce a la duquesa de Guermantes, descrita por el novelista como muy bella. Este personaje se inspira en Élizabeth de Caramanay-Chimay, condesa de Greffulbe (1860-1962). Hoy, la duquesa de ficción es más conocida que la verdadera condesa, cuyo legado permanece en papel reflejando su notable belleza.[6]

Marcel siente una gran atracción por la duquesa de Guermantes, Oriana, y busca encuentros casuales con ella. Cabe destacar que el narrador se comporta casi como un *voyeur*, ya que rara vez toma la iniciativa para establecer una relación personal. En consecuencia, propicia encuentros con la duquesa de Guermantes, pero no se atreve a dirigirle la palabra:

> Ahora, todas las mañanas, mucho antes de la hora en que ella salía, yo, dando un gran rodeo, iba a apostarme en la esquina de la calle por donde ella solía bajar, y cuando me parecía cercano el momento de su paso, volvía a subir

5 Proust, *El mundo*, 460. La palabra “centrípeto” señalado entre corchetes es agregado mío.

6 El lector podrá apreciar la belleza de la condesa y la moda de los años de la *Belle Époque* en https://protocoloalavista.com/la-musa-proust/

> la calle con expresión distraída, mirando en dirección opuesta y alzando hacia ella los ojos en cuanto llegaba a su lado, pero como si en modo alguno hubiera esperado verla.[7]

La madre de Marcel reprueba su conducta, por lo que le pone las manos en la frente y le ofrece algunos consejos:

> Cierto día, poniéndome las manos en la frente (como acostumbraba cuando tenía miedo de apenarme), diciéndome: «No sigas saliendo para encontrarte con la señora de Guermantes; eres la comidilla de la casa. Además, ya ves lo mala que está tu abuela; realmente tienes cosas más serias qué hacer que apostarte al paso de una mujer que se burla de ti».[8]

La intención de encontrarse con la duquesa de Guermantes se mantiene a lo largo de cuatrocientas páginas, a pesar del rechazo demostrado por Oriana, como se observa en la reunión organizada en el salón de la señora de Villeparisis. En "A la sombra de las muchachas en flor", Elstir, el pintor impresionista, le presentó a Albertina. Para ser presentado a la duquesa de Guermantes, decide pedir ayuda a su amigo Roberto de Saint-Loup, quien está acuartelado en Doncieres, pueblo cercano a Balbec, y se dirige hacia allá.

En la habitación de Saint-Loup, una fotografía de la duquesa de Guermantes provoca en Marcel el deseo de solicitarla, ya que considera que: "[…] esta fotografía era como un encuentro más añadido a los que ya había tenido yo con la señora de Guermantes o, mejor aún, un encuentro prolongado". Además, el narrador descubre otros atractivos que refuerzan su intención de ser presentado a la duquesa:

> […] tocada con una pamela y me hubiese dejado por vez primera contemplar a mis anchas aquella morbidez de la mejilla, aquella línea de la nuca, aquel ángulo de las cejas (hasta aquí veladas para mí por la rapidez de su paso, por el aturdimiento de mis impresiones, por la inconsistencia del recuerdo) y su contemplación, ni más ni menos que la del pecho y los brazos de una mujer a quien hasta entonces no hubiera visto sino con el traje subido, era para mí un voluptuoso descubrimiento, un regalo.[9]

Saint-Loup aparecerá en el salón de la señora de Villeparisis casi doscientas páginas después, hecho que muestra la lentitud de la trama. Antes de describir los salones de Villeparisis y de la duquesa de Gurmantes, examinemos la estructura narrativa de "El mundo de Guermantes". Esta obra tiene dos movimientos narrativos: centrípeto (primera persona) y centrífugo (tercera persona). En el primer volumen de *En busca del tiempo perdido*, la segunda parte, "Unos amores de Swann", se narra en tercera persona. A lo largo de la obra, la narración alterna entre primera y tercera persona.

En "A la sombra de las muchachas en flor", "Gilberta Swann y Odette de Crécy", la narración alterna entre primera y tercera persona. La historia del amor preadolescente entre Marcel y Gilberta se cuenta en primera persona, mientras que los eventos relacionados con Odette de Crécy y Charles Swann se narran en tercera persona. Cuando Marcel actúa como testigo, observando y deduciendo motivaciones y pensamientos no expresados por los otros personajes, el narrador se convierte en omnisciente.

"El mundo de Guermantes" presenta esta alternancia de narradores de forma más definida, que en varias ocasiones no pasan desapercibidas para el lector que conoce un mínimo de estrategias narrativas, pues aparecen expresiones que solo emplearía un narrador omnisciente y se aprecia esta alternancia; por ejemplo, cuando Marcel es testigo hay escenas narradas en tercera persona, pero cambia a narrador omnisciente cuando nos manifiesta lo que piensan la señora de Villeparisis y el aspirante a escritor, Bloch:

> "Qué perfidia –*pensó la señora de Villeparisis*–. Seguramente de eso es de lo que le hablaba en voz baja el otro día a la señora de Beulaincourt y a la de Chaponay".[10]

> "Ya está, es dreyfusista, no hay ni la menor sombra de duda, *pensó Bloch*".[11]

7 Proust, *El mundo*, 78.
8 Proust, *El mundo*, 494.
9 Proust, *El mundo*, 105.
10 Proust, *El mundo*, 267. Las cursivas son mías.
11 Proust, *El mundo*, 319. Las cursivas son mías.

Con la promesa de que Roberto de Saint-Loup le presentará a la duquesa de Guermantes en casa de la señora de Villeparisis, hacia allá se dirige Marcel, quien se encuentra en el trayecto a Legrandín, quien le reprocha juntarse con aristócratas *corazones ligeros*, no obstante que esa misma noche este personaje acudirá a dicho salón:

> –¡Hola –me dijo–, elegante! ¡Y encima de levita! […] Ya sabe usted que aprecio la hermosa calidad de su alma; con esto quiero decirle cuánto siento que vaya a renegar de ella entre los gentiles. Al ser capaz de permanecer un instante en la atmósfera nauseabunda de los salones, lanza usted contra su propio porvenir la sentencia, la condenación del Profeta. Desde aquí veo que se trata usted con los corazones ligeros, que frecuenta la sociedad de los castillos; ése es el vicio de la burguesía contemporánea. ¡Ah, los aristócratas! ¡Cuánta culpa ha tenido el Terror en no cortarles el pescuezo a todos ellos! No son más que unos siniestros juerguistas, cuando no simplemente unos tétricos idiotas. ¡En fin, pobre hijo mío, si eso le divierte![12]

La señora de Villeparisis es un personaje que se va revelando gradualmente a lo largo de los volúmenes que conforman *En busca del tiempo perdido*. Primero es una señora que viste de negro y que viaja a Balbec con su casa a cuestas (cortinas, ropa de cama, muebles, cuadros, etc.) con los que sustituye a los de las habitaciones que alquila en el Grand Hotel de Balbec, donde hace amistad con la abuela de Marcel. Después, en París, el lector descubre que es una Guermantes, tía del señor de Guermantes. Además, es inteligentísima, escribe un libro de memorias, pinta acuarelas y auspicia representaciones teatrales en su salón, al que es asidua una variopinta cantidad de personajes. Es el primero de los salones que visita Marcel, por consejo de su padre:

> "Mi padre nos había contado que ahora que sabía por A. J. a dónde iba el señor de Norpois cuando él se lo encontraba en la casa.
>
> –Va a casa de la señora de Villeparisis, la conoce mucho, yo no sabía nada. Parece que es una persona deliciosa, una mujer superior. Debías ir a verla tú –me dijo–. Por otra parte, me he quedado asombradísimo".[13]

La marquesa de Villeparisis descendía de una casa de abolengo, pero no gozaba de un nivel mundano:

> No gozan, sin embargo, de una gran situación mundana, y, fuera de algunas duquesas que son sobrinas o cuñadas suyas, e incluso de una o dos testas coronadas, antiguas relaciones de familia solo tienen en su salón un público de tercer orden, burguesía, nobleza de provincias o venida a menos, cuya presencia ha alejado hace mucho tiempo a la gente elegante y a los *esnobs* que no están obligados a frecuentar ese salón por deberes de parentesco o de una intimidad demasiado añeja.[14]

Lo que salva para la posteridad al salón de la señora de Villeparisis son las memorias que escribió:

> Preciso es decir, sin embargo, que en el salón de la señora de Villeparisis la ausencia de la señora Leroi, si desolaba al ama de casa, pasaba inadvertida a los ojos de un gran número de sus invitados, que ignoraban totalmente la particular situación de la señora Leroi, conocida tan solo del mundo elegante, y no dudaban de que las recepciones de la señora de Villeparisis fuesen, como hoy están convencidos de ello los lectores de sus Memorias, las más brillantes de París.[15]

Ofrezco a los improbables lectores que descarguen este artículo, una caracterización más de este salón, diseccionado por Marcel, en pleno movimiento centrífugo:

> A juicio de la señora Leroi, el salón de la señora de Villeparisis era un salón de tercer orden; y a la señora de Villeparisis le dolía el juicio de la señora Leroi. Pero apenas sabe ya hoy nadie quien era la señora Leroi, su juicio se ha desvanecido, y es el salón de la señora de Villeparisis […] el que será considerado uno de los más brillantes del siglo XIX por esa posteridad que no ha cambiado desde los tiempos de Homero y Píndaro.[16]

12 Proust, *El mundo,* 203.

13 Proust, *El mundo*, 196.
14 Proust, *El mundo*, 243.
15 Proust, *El mundo*, 249.
16 Proust, *El mundo*, 257.

Roberto de Saint-Loup, que había prometido presentarle a la duquesa de Guermantes a Marcel, al fin llega a la reunión en el salón de la señora de Villeparisis, ya casi al término de ésta. La llegada de Roberto alegra a la señora de Marsantes, su madre. La duquesa de Guermantes también advierte que al salón se acababa de integrar Roberto de Saint-Loup con quien charla unos breves instantes. Al fin ha llegado el momento en que Marcel pueda ser presentado a la duquesa de Guermantes:

> Charlaron juntos un instante, sin duda acerca de mí, porque mientras Saint-Loup se acercaba a su madre, la señora de Guermantes se volvió hacia mí.
>
> "–Buenas tardes, ¿cómo está usted?" –me dijo.
>
> Dejó llover sobre mí la luz de su mirada azul, vaciló un instante y tendió el tallo de su brazo, inclinó hacia adelante su cuerpo, que volvió a erguirse rápidamente hacia atrás como un arbusto que se ha tendido y que, al dejarlo libre, vuelve a su posición natural […] Temiendo que la conversación decayera, vino a alimentarla y respondió por mí:
>
> "–No se encuentra muy bien, está un poco cansado; por lo demás acaso se encontrase mejor si te viese más a menudo, porque no te he de ocultar que le gusta mucho verte".[17]

Desde el primer tomo de *En busca del tiempo perdido*, el barón de Charlus aparece brevemente y su vida es desconocida. Los personajes proustianos están construidos de varias capas: la señora de Villeparisis, por ejemplo, pasa de ser de una ancianita vestida de terciopelo negro, que pasea en su coche a la abuela de Marcel, a una noble influyente en su salón literario. En "El mundo de Guermantes", al terminar la fiesta de la señora de Villeparisis, se describe ampliamente la personalidad del barón de Charlus, quien, observándolo sin que él lo note, desarrolla una intensa amistad con Marcel.

En la fiesta de la señora de Villeparisis el barón de Charlus invita a Marcel a retirarse juntos de la reunión. Mientras charlan animadamente, verlos juntos alarma a la anfitriona, quien pasa de la contrariedad a la inquietud. El barón dice a Marcel que quiere expresarle algunas cosas que serán para su beneficio y le expresa que puede hacer mucho por él. A su manera es *dreyfusista*,[18] pues dice que no vale la pena interesarse en ese asunto que ha dividido a Francia. Es un ser frívolo, característica que lo emparenta aún más con la duquesa de Guermantes. En la calle, mientras espera el coche con Marcel, el señor de Argencourt, quien estaba en la fiesta, los observa; Charlus insiste en que aquél los vea y presenta a Marcel como un amigo de toda la familia de Guermantes. Charlus[19] le dice que tiene la llave del hotel de Guermantes, pues se ha dado cuenta del interés del narrador por la duquesa.

2. Los zapatos rojos de la duquesa

El tercer volumen de *En busca del tiempo perdido* es el más voluminoso de los siete que integran la inmortal novela de Proust. Por más que he intentado que el breve estudio de cada uno de los volúmenes quepa en diez cuartillas, no lo he logrado. Espero que en cinco cuartillas más logre ofrecer al improbable lector, una visión por fuerza fragmentada del salón de la duquesa de Guermantes. He omitido el capítulo primero de la segunda parte, que trata de la penosa enfermedad de la abuela de Marcel y otros muchos asuntos (digresiones, descripciones, biografías y pensamientos de los asistentes al salón de Oriana, la duquesa de Guermantes), pues la cena ofrecida en la reunión consume 136 páginas.

La duración en tiempo objetivo de la reunión debe ser de tres o cuatro horas, pero en tiempo subjetivo abarca toda una época, con las biografías de los asistentes, contadas por ese implacable testigo en que se asume el narrador. La estructura de "Los zapatos rojos de la duquesa" se ha descrito como una serie de burbujas narrativas en las que se

17 Proust, *El mundo*, 338.

18 El asunto Dreyfus dividió a la sociedad francesa. Se conoce como caso Dreyfus a la controversia provocada por una sentencia judicial, sobre un trasfondo de espionaje y antisemitismo, cuya víctima fue el capitán Alfred Dreyfus (1859-1935), de origen judío-alsaciano, y que durante doce años, desde 1894 hasta 1906, conmocionó a la sociedad francesa de la época. Tomado de Wikipedia.

19 El barón de Charlus será el objeto de observación de Marcel Proust en el siguiente tomo de *En busca del tiempo perdido*: "Sodoma y Gomorra". En una nota al pie en la página 508 de la edición de Alianza Editorial se expresa lo siguiente: "En la edición original «Sodoma y Gomorra» (*Sodome et Gomorrhe I*) estaba incluida en el mismo volumen de esta 2ª parte de *Le coté de Guermantes*. Pero en esta edición, el título de *Sodome* pasa al volumen siguiente". (Esta es una nota que los traductores toman de las nuevas ediciones de Gallimard).

invierten las 136 páginas señaladas, que superan las cien páginas que Proust invirtió en describirnos el salón de la señora de Villeparisis. Imposible, por lo tanto, darles voz a todos los asistentes que cenan sopa y espárragos, y en el transcurso de más de cien páginas aún están cenando lo mismo.

¿Cómo llegó el narrador a introducirse al salón de la duquesa de Guermantes? Por la propia iniciativa de Oriana. En una segunda visita al salón de la señora de Villeparisis, se produce la invitación:

> "¿Por qué no va usted nunca a verme?" –me dijo la señora de Guermantes cuando la de Villeparisis se hubo alejado para felicitar a los artistas y entregué a la *diva* un ramo de rosas, cuyo único valor era el que le daba la mano que lo ofrecía, ya que el ramo no había costado arriba de veinte francos. (Era, por otra parte, el premio máximo de la señora de Villeparisis para los que solo habían cantado una vez en su casa. Los artistas que prestaban su concurso a todas sus *matinées* y recepciones recibían rosas pintadas por la marquesa).[20]

El narrador, profundamente enamorado de la duquesa, finalmente llega al salón de la señora de Guermantes. Allí, se encierra en la galería para ver los cuadros de Elstir, retrasando la cena y perdiendo la noción del tiempo mientras los contempla:

> Mientras miraba yo los cuadros de Elstir, los campanillazos de los invitados que iban llegando habían sonado, ininterrumpidos, y me había acunado blandamente. Pero el silencio que sucedió a ellos, y que duraba ya desde hacía mucho rato, acabó –verdad es que menos rápidamente– por despertarme de mi divagar […][21]

En el salón del comedor, Marcel es literalmente atrapado por el duque de Guermantes, pues quiere presentarlo a cada uno de los asistentes. Una de las primeras personas es la princesa de Parma. La decepción es tan grande, como la que le había ocurrido en la iglesia de Balbec, cuya virgen era una viejecita a la que se le podían contar las arrugas.[22] Así es como recuerda Marcel ese encuentro con la princesa de Parma, mediante el símil del perfumista:

> Pero si yo, desde hacía años –como un perfumista a un bloque unido de materia grasa– había hecho absorber a ese nombre de «princesa de Parma» el perfume de millares de violetas, en cambio, desde que vi a la princesa, que hasta entonces habría estado convencido de que era por lo menos la Sanseverina,[23] comenzó una segunda operación, que en realidad no estuvo acabada hasta algunos meses más tarde, y que consistió en expulsar, con ayuda de nuevos amasamientos químicos, todo aceite esencial de violetas y todo perfume stendhaliano del nombre de la princesa, e incorporar a él, en su lugar, la imagen de una mujercita morena, ocupada en obras de caridad, de una amabilidad tan humilde que enseguida se echaba de ver en qué altanero orgullo tenía su origen.[24]

Esta amabilidad de la princesa de Parma, que roza en la humildad sorprende a Marcel, pues el comportamiento de esta mujer, emparentada con todas las familias reales de Europa, se debía a lo selecto de su linaje, el cual era un gran favor divino del cual la princesa no debía enorgullecerse:

> Su amabilidad se debía a dos causas. Una, general, era la educación que esta hija de soberanos había recibido. Su madre (no solo entroncada con las familias reales de Europa, sino, sobre eso –en contraste con la casa ducal de Parma–, más rica que ninguna princesa reinante) le había, desde su edad más tierna, inculcado los preceptos orgullosamente humildes de un esnobismo evangélico; y ahora, cada rasgo del rostro de la hija, la curva de sus hombros, los movimientos de sus brazos parecían repetir: «Acuérdate de que si Dios te ha hecho nacer en las gradas de un trono, no debes aprovecharte de ello para despreciar a aquellos a quienes la divina providencia ha querido (¡alabada sea por ello!) que fueses

20 Proust, *El mundo*, 499.
21 Proust, *El mundo*, 560 y 561.
22 Véase, del autor de este artículo, la parte dos de este estudio sobre la obra de Marcel Proust, publicado en el número 122 de *Reforma Siglo XXI.*
23 Alusión al personaje de "La cartuja de Parma", de Stendhal, que narra las relaciones amorosas de Fabricio del Dongo y su tía la duquesa de Sanseverino, personajes clave en la trama de la novela.
24 Proust, *El mundo*, 587.

> superior por el nacimiento y las riquezas. Por el contrario, sé buena con los pequeños.[25]

Marcel, de la mano del duque, va recorriendo el salón y saluda a los asistentes que le van siendo presentados. Como todo un narrador omnisciente, nos va contando los pormenores de los miembros de la nobleza que han asistido a esta cena a la que lo ha invitado la duquesa de Guermantes, sobre todo la de ésta última familia, de la cual nos da a conocer todos los detalles que la distinguen del resto de la nobleza, por ejemplo, de la de los Courvoisier, quienes no pueden igualar a los Guermantes:

> Tampoco eran capaces los Courvoisier de elevarse hasta el espíritu de innovación que la duquesa de Guermantes introducía en la vida mundana y que, al adaptarla con arreglo a un seguro instinto a las necesidades del momento, hacía de ella una cosa artística […][26]

Si Marcel sale complacido del salón de la señora de Villeparisis, al punto que exprese que es el único salón que será recordado por la posteridad, en cambio, el salón de la duquesa de Guermantes lo abandona en tal estado de aburrimiento y ansiedad, que se manifiestan en el lapso en que el coche lo traslada a cumplir su cita con el señor de Charlus.

A Marcel le sorprendió la hipocresía de las damas que se despedían de la duquesa:

> […] muchas de esas damas se retiraron, no defraudadas, como hubieran podido estarlo, sino dando las gracias a la señora de Guermantes por la deliciosa velada que habían pasado, como si los demás días, aquellos en los que no estaba yo allí, no pasase otra cosa. ¿Era verdaderamente por unas cenas como ésta por lo que todas esas personas se ponían de tiros largos y se negaban a dejar penetrar a las burguesas a sus salones tan cerrados, para una cena como ésta?[27]

Ya en el coche, de camino a casa del señor de Charlus, recuerda otras dos ocasiones en que había sentido esta exaltación personal que lo asalta en esos momentos:

> Ahora bien, en el coche que me llevaba a casa del señor de Charlus era yo presa de ese segundo género de exaltación, harto diferente de la que nos da una impresión personal como la que yo había sentido yo en otros coches; una vez en Combray, en el carricochillo del doctor Percipied, desde el que había visto pintarse sobre el poniente los campanarios de Martinville;[28] un día en Balbec, en la carretela de la señora de Villeparisis,[29] tratando de desentrañar la reminiscencia que me ofrecía una avenida de árboles. Pero en este tercer coche, lo que tenía yo ante los ojos del espíritu eran las conversaciones que me habían parecido tan aburridas en la cena de la señora de Guermantes.[30]

Por alguna extraña razón, las historias escuchadas en el salón de la duquesa de Guermantes, perturban el espíritu de Marcel. Así llega a la casa de Charlus, "[…] con una impaciencia febril por no poder sobrellevar por más tiempo yo solo el peso de esas historias en mi coche […]".[31] Después de una escena extrañísima en la que Charlus reclama a Marcel el haber hablado mal de él en el salón de los Guermantes, lo que no ocurrió, el narrador vuelve a ocuparse de Basin, el duque de Guermantes, y de Oriana.

Allí coincide con Charles Swann, el cual padece una enfermedad terminal. Ha ido al hotel de los Guermantes a entregar a Oriana las fotografías de unas monedas antiguas. En el episodio final se alternan rápidamente las escenas entre el conde Basin y la duquesa, ya que están por salir a una cena y ambos se encuentran en los últimos preparativos. Son las páginas finales de este extenso volumen.

Entre otros asuntos sobre los que dialogan se filtra la invitación a un viaje que Oriana extiende a Swann. La propuesta de viaje es visitar Italia y Sicilia,

25 Proust, *El mundo*, 567. Son notables en esta descripción que contrasta la suerte de quienes han nacido favorecidos con los que son simples plebeyos, dos hallazgos lingüísticos de Proust: la expresión "orgullosamente humildes" que es todo un oxímoron y la expresión "esnobismo evangélico" que retrata la forma extravagante de la reina, madre de la princesa de Parma, con que educa a su hija

26 Proust, *El mundo*, 621.

27 Proust, *El mundo*, 716 y 717.

28 Se refiere a un episodio sucedido en la primera parte de "Por el camino de Swann".

29 Episodio de la segunda parte titulada "A la sombra de las muchachas en flor".

30 Proust, *El mundo*, 721 y 722.

31 [31] Proust, *El mundo*, 727.

ya que disfrutarán de la alegría de verle, además de lo que podría explicarles y darles detalles "[…] acerca de los recuerdos de la conquista normanda y de los recuerdos de la antigüedad, ¡figúrese en lo que se convertiría un viaje como ése, de hacerlo con usted!".[32]

En la escena final de "El mundo de Guermantes", contrasta la confusión de la duquesa impactada por la revelación de Charles Swann con la frialdad del conde que solo le importa cumplir con la etiqueta y satisfacer su hambre. Swann les dice:

> Pero sobre todo no quiero que se retrasen ustedes; cenan fuera, añadió, porque sabía que para los demás, sus propias obligaciones mundanas están por encima de la muerte de un amigo, y se ponía en el caso de ellos, *gracias a su cortesía*.[33]

A pesar de vivir en un entorno de convenciones sociales, la duquesa también muestra cortesía. Percibe que una norma social debería ser menos relevante frente al destino inevitable de su estimado amigo Charles Swann: "Pero (*la cortesía*) de la duquesa le permitía también darse confusamente cuenta de que la comida a que iba ella debía tener menos importancia para Swann que su propia muerte".[34]

La duquesa avanza hacia su coche que los está esperando y se despide de Swann; cuando se propone cerrar la puerta del carruaje el duque la reprende por llevar zapatos negros: "[…] al ver aquel pie, exclamó el duque con una voz terrible: «¡Oriana!, ¿qué iba usted a hacer, desdichada? ¡Se ha dejado usted puestos los zapatos negros! ¡Con un traje rojo!»".[35] El volumen se cierra cuando la duquesa, a insistencia del duque, calza sus zapatos rojos.

Conclusiones

Leer a Marcel Proust jamás será tiempo perdido. En esta colaboración sobre el tercer volumen, "El mundo de Guermantes", el tomo más voluminoso, seguimos con la evolución de la personalidad del narrador. Si "Por el camino de Swann" está centrada en la contemplación poética del Marcel niño y "A la sombra de las muchachas en flor" se proyecta la juventud y el descubrimiento del amor y el sexo, en "El mundo de Guermantes" presenciamos la incorporación de Marcel, el narrador, al mundo de la aristocracia francesa de finales del siglo XIX conformada por la vieja nobleza y la nueva nobleza por decreto de Napoleón III por servicios prestados a la República y los burgueses.

Aunque ya se venía prefigurando desde los dos tomos anteriores de la novela, la teoría de la imitación en la formación de los grupos sociales se vuelve más evidente en el tercer tomo de *En busca del tiempo perdido*. En los dos primeros volúmenes observamos el comportamiento de la nueva clase social francesa, representada por Charles Swann y la familia del narrador. También la imitación de los salones aristócratas de los nobles franceses por Odette de Crécy, particularmente en "A la sombra de las muchachas en flor". Además, en este volumen vemos la irrupción de los nobles, representados por Roberto de Saint-Loup y la señora de Villeparisis, que aún no se nos revela como de la nobleza porque se nos presenta como una anciana que viste de terciopelo negro y viaja como las tortugas con su casa a cuestas. Pero ambos, Roberto y la señora de Villeparisis (nos daremos cuenta), pertenecen a la dinastía de los Guermantes. La señora de Villeparisis es nada menos que marquesa.

Y son los salones, precisamente, los laboratorios en donde se comprueba la teoría de la imitación, pues en ellos coincidirán nobles de abolengo, burgueses y nobles por decreto. "El mundo de Guermantes" es, por lo tanto, el lugar donde el narrador-personaje comprobará su teoría. Así, nos lleva a visitar el salón de la señora de Villeparisis, el salón que perdurará por más tiempo en la memoria de la sociedad francesa gracias a la cultura y al arte, pero, sobre todo, a la escritura que practica su anfitriona, pues recopila en sus diarios todos los acontecimientos suscitados en su salón.

Se ha dicho que André Gide no le publicó el primer volumen de la novela a Marcel Proust por sus amistades con la decadente nobleza parisina. Esta particularidad proustiana fue mal vista por la izquierda francesa, según Manuel Armiño, quien señala: "Eso empezó con Gide, que cuando lo machaca y dice que no se publica es porque para él se trata de un esnob que anda todo el día con princesas y duquesas.

32 Proust, *El mundo*, 779.
33 Proust, *El mundo*, 782.
34 Proust, *El mundo*, 782.
35 Proust, *El mundo*, 783.

Después la izquierda recoge eso: es un escritor que habla de princesas, así que eso no interesa porque no hay lucha de clases".[36]

De los tres innovadores de las letras universales (Marcel Proust, James Joyce y Franz Kafka) se ha cuestionado quien será el más recordado y también el más leído. No es difícil adivinarlo: Franz Kafka. Y lo será por *La metamorfosis*, pero no por *El castillo o El proceso*, obras casi desconocidas para el lector nivel medio. Ulises de James Joyce, se inicia, pero se abandona por su caótica escritura. En cambio, *En busca del tiempo perdido* (aunque muy poco leído durante la primera mitad del siglo XX, gracias a la mala fama creada por sus contemporáneos franceses Zola y más tarde Sartre) te atrapa. Leer a Proust jamás será tiempo perdido: es un tiempo ganado. Continuaremos, pues ya vamos a más de la mitad del camino. Atrás han quedado 2023 páginas de la edición de Alianza Editorial.

Referencias

Beyle Stendhal, Henry. *La cartuja de Parma* (Editorial Océano [Biblioteca de Grandes Autores], s.f.)

Corroto, Paula. "El hombre que ha traducido (dos veces) las 3000 páginas de «En busca del tiempo perdido»", entrevista, www.elconfidencial.com

Pérez Reyes, Clemente Apolinar. "Marcel Proust: *En busca del tiempo perdido* (primera parte): "Por el camino de Swann" o la recuperación del tiempo fugaz a través de la memoria". *Revista Reforma Siglo XXI*, 31(121), 66–71.

Pimentel, Luz Aurora. "Muerte y transfiguración de un autor. El legado de Marcel Proust" en https//culturaendirecto.unam.mx

Proust, Marcel. *El mundo de Guermantes* (Alianza Editorial, 2021).

36 Corroto, "El hombre".